

## LA CONTEMPLACION DE DIOS EN LA HISTORIA

---

BENJAMIN GONZALEZ BUELTA, sj.

## I. INTRODUCCION

*"La Iglesia debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia".*

*(Puebla 274).*

*"En Jesús culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia".*

*(Puebla 276).*

La Iglesia Latinoamericana hizo en Puebla una "opción preferencial por los pobres". La vida religiosa ha vivido un largo éxodo social e íntimo para encontrarse de lleno con el mundo de los marginados, y ayudar a construir el Reino de Dios en medio de esta historia.

¿Habremos hallado esa "sabiduría" (Puebla 276) de encontrarnos con Dios en este proceso de desierto y de libertad?

¿Cada paso hacia la periferia del mundo habrá sido un paso contemplativo hacia una experiencia más profunda de este Dios que camina con nosotros?

¿Esta experiencia de Dios en medio de un compromiso que nos somete a los desgarramientos de la opresión nos estará integrando como personas o va incubando procesos interiores de desintegración progresiva?

Vamos a tratar de acercarnos a la experiencia de Dios que se va viviendo hoy en este compromiso por el Reino, dentro de la vida religiosa y que se debate en su deseo de fidelidad al pueblo, a la Iglesia, y a la irrenunciable originalidad de cada persona.

El P. Arrupe llama al mundo de los pobres y marginados "lugar privilegiado de la experiencia religiosa".

## II. LA PARABOLA DE UNA OPCION PREFERENCIAL

La parábola del buen samaritano (Lc. 10, 25) puede encaminar nuestra reflexión.

### 1) El pobre es llamada trascendente

Lo primero que nos sorprende en la parábola es que el hombre "dejado medio muerto" (Lc. 10, 30) por los bandidos, desde su mutismo y despojo es una llamada que encuentra resonancia en todos los que se cruzan con él. La oye el samaritano. Pero también llega hasta el sacerdote y levita. Por eso "dan un rodeo" (Lc. 10, 32), para marcar con ese alejamiento físico la distancia que quieren poner entre esa llamada y su propio camino. Sin embargo, el samaritano, "se compadeció y se le acercó" (34). Esta llamada del hombre saqueado nadie puede matarla.

A lo largo de toda la Biblia se expresa con fuerza cómo el despojado es un grito que llega hasta Yahvé. Y Yahvé desciende a dialogar con el hombre. "La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí". ¿Qué has hecho? (Gn. 4, 10).

En el silencio del desierto resuenan en Moisés los tormentos de su pueblo, como sufrimiento personal que viajó dentro de él hasta el exilio tranquilo y seguro, y que se transformó en el encuentro con Yahvé en una vocación de servicio aceptada en medio de la lucha interior, del miedo, pero también de la certeza de que Yahvé estaba con él (Ex. 3, 12).

El saqueado es un grito para Dios, y Dios cuestiona y llama a todo el que contempla al oprimido. Desde el fondo del oprimido hay una cuestionamiento para el que lo encuentra en su camino, una llamada inagotable de Dios mismo. En ese despojo y en esa llamada Dios y el oprimido se confunden inseparablemente en una sola queja, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. 9, 4).

Ante esta llamada unos se acercan con riesgo, otros, para no sentirse inquietos, ponen una brecha cada vez más grande para alejarlos de su vida, y alejar también esa llamada inquietante.

### 2) El pobre es juicio definitivo

La trascendencia de esta llamada hace del oprimido una norma viva de juicio de todos los que nos encontramos con él. Es juicio mudo de los bandidos que lo asaltaron. Pero es juicio también de todos los que como el sacerdote y el levita buscan a Dios profesionalmente pero pasando de largo ante el saqueado.

En el levita y en el sacerdote se oye el eco de toda la polémica de Jesús contra el templo y su teología centrada en la pureza ritual y la observancia de la ley desviada en preceptos y ritos cada vez más numerosos y minuciosos, que son también ese "rodeo en el camino".

El qué hiciste a tu hermano del A.T., se profundiza en el Evangelio en qué "me" hiciste, o en qué dejaste de hacerme a mí en la escena del juicio final (Mt. 25, 31).

El pobre es ley viva que juzga el valor de una vida, de una sociedad de la Iglesia, tanto ahora como en su realidad escatológica. Es realmente juicio último, final, inapelable de la verdad o la mentira de cada vida.

A la luz de este encuentro, del saqueado y de Dios al mismo tiempo, emudecidos y apaleados los dos al borde del camino, la vida religiosa va aceptando este juicio como salvación, y madurando una palabra y una vida más profética. ¿Pero cómo integrar este final criterio de discernimiento en toda su vida?

### 3) El pobre es maestro de la nueva ley

En la parábola, el samaritano es para el judío un herético, un hombre del que también hay que alejarse por razones religiosas, un marginado.

Pero este samaritano, superando los prejuicios religiosos, el peso de las costumbres, despojándose de lo suyo, arriesgándose y comprometiéndose con ese desconocido, oye esa llamada, y responde.

Al principio de la parábola Jesús le dice al maestro de la ley que "lea" lo que dice la escritura. Al final, le dice que "mire" lo que hizo el samaritano, y que haga lo mismo.

Al acercarse al marginado la vida religiosa no sólo lo ha percibido como llamada desde su carencia, como juicio, sino también como maestro al que debe contemplar para entender los pasajes del Evangelio que creía haber entendido, lo ve como exégesis viva de Jesús de Nazareth.

Y así empezó otro tipo de contemplación. Desde las mil formas de solidaridad que comparte lo que se necesita para vivir (Lc. 21, 4), desde la fe que resiste con paciencia y que apuesta por la vida desde tanta dureza... el marginado "no ortodoxo" se convierte en maestro del Reino para el sabio y prudente.

### 4) El pobre es creador de la novedad del Reino

Para que la parábola revele todo su significado debemos fijarnos en el mismo Jesús que la propone. Jesús, no venido de los estratos dominantes, está enseñando una manera de vivir el encuentro con Dios y con el marginado que no es el oficial. Jesús, no sólo actúa en el silencio anónimo del samaritano cuando se acerca a los enfermos de todo tipo que encuentra en el camino. Jesús cuestiona una estructura religiosa y social que configuraba la sociedad de entonces, y al mismo tiempo ataca los grupos sociales que la sustentaban. Denuncia la seguridad religiosa de los que se apartan de pecadores, publicanos, pobres en su acercamiento a Dios, como el fariseo que afirma su distancia del publicano, "yo no soy como ese publicano". (Lc. 18, 11). Y denuncia también la seguridad del dinero y del poder en medio de un pueblo oprimido.

Jesús come con los pecadores en los festines populares, y es acusado de comedor y bebedor (Mc. 2, 16), los invita a ser sus discípulos, (Mc. 2, 13) y los declara bienaventurados, sal y luz de la tierra, constructores del Reino, y no menos receptores de la generosidad de los que tienen y saben.

En esta parábola en la que Jesús cambia radicalmente las cosas, y en la que el marginado samaritano es maestro para el maestro de la ley... se convierte al ser leído en todo el trasfondo de la vida de Jesús, en un mensaje muy polémico.

Podría haber el peligro de quedarnos en un mero trabajo asistencial, necesario y a veces heroico con tantos saqueados. Pero no basta con ir recogiendo y sanando las víctimas. Es necesario, ir a la raíz de las estructuras que apresan con sus trampas invisibles para la mirada ingenua, como Jesús hace en esta parábola.

La vida religiosa se ha ido adentrando en este camino de la profecía estructural. Conscientes de llevar un tesoro grande en frágiles vasos de barro, nos preguntamos cómo ser creadores del reino, en medio del conflicto inevitable que provoca la llamada, el juicio, la solidaridad con los saqueados al borde de las ciudades y campos, en el seguimiento de Jesús. Cómo encontrarnos con Dios y con el hombre de verdad, y cómo no desviarnos en ese proceso tan lleno de caminos fáciles y "reconocidos". Porque si uno sólo socorre a la víctima es alabado y premiado, pero si uno cuestiona el sistema que la produce es clasificado como sospechoso y perseguido.

Podemos encontrar aquí una parábola de nuestro acercamiento al mundo de todos los que están al borde del camino. No sólo se acerca uno a un hombre despojado por ladrones, a una clase social, a un pueblo, sino también a Dios que nos sale al encuentro desde ese hombre sin palabra. Y cuando se decide uno a entregar toda su vida en esta relación entonces puede ayudar el intento de una reflexión sobre el proceso que se vive con el Dios de la historia que nos llama, juzga, enseña y nos invita a crear estructuras nuevas en ese encuentro.

### III. NUESTRO DESAFIO

Sin experiencia de Dios no hay vida religiosa. En el origen de toda vocación hay una experiencia de Dios tan fuerte que es capaz de provocar una ruptura con el modo común de vivir todas las dimensiones de la existencia. Inspirados en el grupo de "los doce" que acompañaban a Jesús, y en la primera comunidad de Jerusalén, llamados a vivir la radicalidad del Evangelio, somos llevados de alguna manera al "desierto", "a la periferia", "a las fronteras" del mundo (J. Sobrino).

Toda vida religiosa debe ser por tanto "denuncia" al insertarse y hacerse solidaria de todos los saqueados por las estructuras de muerte.

Por otro lado, desde la solidaridad con la vida auténtica que nace en el fondo de la marginalidad, al identificarse con las aspiraciones de libertad y de justicia que nadie puede extirpar definitivamente del corazón oprimido, se transforma en signo profético de vida.

La experiencia inicial de Dios que lleva a romper con un mundo para acercarse "sin rodeos" al saqueado debe ir creciendo de tal forma que nos permita vivir la solidaridad creando los caminos del Reino que no existen.

Sin una experiencia profunda del Dios de la historia que nos lleve a vivir en solidaridad con el pueblo, desde el mar profundo donde nacen esas olas incesantes que nos empujan hacia la libertad, y sin una experiencia de Dios que

al mismo tiempo nos permita vivir integrados como personas con las heridas y presiones de esta lucha, en un equilibrio progresivo, se hace imposible responder al desafío que la vida religiosa nos plantea hoy.

Es realmente difícil mantenerse en la cresta de la ola donde se vive toda la fuerza de la vida nueva. Es más fácil dejarse resbalar hacia el mar tranquilo de lo ya adquirido, o subirse a la ola cuando ya no tiene fuerza y no es más que espuma y ruido publicitario deshaciéndose sobre la playa.

Nuestro desafío es una experiencia de Dios integrada en la historia e integradora de la persona en el compromiso solidario con el pueblo.

#### IV. EL DIOS DE LA HISTORIA

El tema central de la predicación de Jesús es el Reino, don de Dios Padre de bondad. Esta es la buena noticia.

Dios es Padre, origen permanente, que crea por amor como expresión de sí mismo un hombre capaz de diálogo, de colaborar en la tarea de hacer historia, y crea para una comunión que llegará a su plenitud al final de la historia.

Las situaciones de cautiverio y de muerte, no pueden detener su iniciativa. Tampoco es definitivamente manipulable por nuestras leyes, tradiciones, ideologías.

Nos ofrece el futuro de la libertad como posibilidades nuevas más allá de lo que podemos predecir con nuestra lucidez o de todo lo que negamos cuando la historia se oscurece como noche cerrada.

Con preferencia, el futuro surge desde los pobres, desde los descalificados, con quienes Dios se hace solidario. Y con un pueblo concreto y pequeño hace una alianza, un pacto, para crear una nación que sea signo entre los hombres, al vivir "según la justicia y el derecho". (Gn. 18, 19).

No es un dios cósmico que aterroriza desde el anonimato. En este proceso se dirige a las personas de tú a tú, de libertad a libertad, en un encuentro que nos libera del miedo paralizante a "la muerte" para asumir la vocación en servicio del pueblo.

El futuro, de libertad para todos, tiene que estar marcado por la huella creadora de cada persona, pues nada se construye sin el asentimiento de la libertad nuestra que se compromete.

Este Dios "siempre mayor" de lo que habíamos imaginado, va delante de nosotros, no se le puede detener retrocediendo a paraísos cerrados, ni se le puede *enmudecer haciéndolo imagen manipulable, ni se le puede paralizar sacralizando* en su nombre la mediocridad de las situaciones concretas. Es un Dios que despierta siempre en nosotros desde nuestras dimensiones más hondas la fascinación del futuro absoluto.

Este Dios es inseparable de la historia del pueblo. No se le puede encontrar aislándose, separándose, desolidarizándose farisaicamente del pecado del mundo.

En Jesús este Dios se revela como Padre de bondad, que ofrece el Reino como proyecto que resume todas las ofertas de Dios a las aspiraciones a la

plenitud de la libertad y de la vida que él mismo ha puesto como fuente inagotable en las profundidades del corazón humano.

## V. LA ENTREGA AL REINO, CONDICION DE LA EXPERIENCIA DE DIOS EN LA HISTORIA

El Reino resume la misión de Jesús. El Reino es la respuesta de Dios a la ansiosa expectativa del pueblo. Los milagros son signos del Reino, y las parábolas explican su misterio. La historia camina hacia esa plenitud de reconciliación liberándose de todas las fuerzas de esclavitud y de muerte.

El Reino es la realidad única y definitiva, el tesoro y la perla que exige vender todo. (Mt. 13, 44).

Jesús vive totalmente entregado a esta única realidad consistente, en una relación de apertura total con el Padre de bondad en medio de todas las impredecibles encrucijadas de su camino.

Nosotros haremos la experiencia del Dios de la historia en la medida en que nos convertimos al Reino y lo constituimos como proyecto único de nuestra vida. Las distintas situaciones de plenitud o de muerte en las que nos hunde esta apuesta son etapas nuevas del encuentro con ese Tú inagotable que nos encamina también como personas individuales a la plenitud del encuentro con él. Dios nos es fiel en la historia. Percibir su hora y su estilo es una tarea de crecimiento personal también.

Pero, todos nos sentimos tentados contra la historia porque a veces se nos presenta como un monstruo misterioso que devora las mejores creaciones del hombre. Y las tentaciones contra la historia, son también tentaciones contra el encuentro con el Dios de la historia.

Refugiarse en la "vida espiritual" por miedo a la secularidad y las luchas "sucias" en medio de las cuales se gesta el futuro, es aislarse de Dios.

Hundirse en la actividad incontenible y frenética de eficacia y rendimiento "consagrados" por nuestra sociedad dominante, es no dejar espacio para percibir el cuestionamiento que deja sabor a desierto en el alma donde puede abrirse el espacio al futuro.

Fomentar en grupos un calor afectivo en el que se estimulan mutuamente a la alegría para protegerse contra la frialdad y dureza de las situaciones sin enfrentarlas realmente es reducir a Dios a un consuelo superficial que huye de la complejidad y de las exigencias donde Dios está comprometido y es fiel.

Querer cargar el mundo entero sobre los hombros con la permanente tensión de una situación de emergencia, es no respetar el ritmo de los procesos históricos en los que realmente nace lo nuevo como oferta de Dios y trabajo nuestro.

Estas tentaciones contra la historia lo son también contra la persona. No podemos aislarnos del mundo sin hacernos estériles. Tampoco podemos malgastarnos en activismos que nos saquean como a cualquier otra víctima del sistema dominante. Refugiarnos exclusivamente en el calor afectivo de la experiencia espiritual no tardará en inundarnos de la vaciedad de una experiencia artificial. Tampoco se puede exponer la propia persona a la aventura de

compromisos que ignoran la complejidad de los procesos interiores sin atentar contra la integridad de uno mismo. \*

Ni un encuentro con Dios desintegrado de la historia, ni un compromiso con la historia desintegrador de la persona. Hacemos la experiencia del Dios de la historia en la medida en que nos comprometemos con la realización del Reino en una relación personal con El.

Vamos a intentar describir de alguna forma los pasos de este proceso.

## VI. EL PROCESO DE LA EXPERIENCIA

### 1. Apostar la vida por el Reino desde lo más oprimido

A) El Reino anuncia la plenitud para la persona y la historia. Pero, ¿desde dónde? Desde la solidaridad o la inserción en lo más hundido de la sociedad, en un entorno de miseria y personas saqueadas, desde grupos pequeños e inicialmente irrelevantes, hasta donde llegan los grandes imperios económicos y políticos con sus mecanismos de represión, de publicidad o de rapiña. *¿Cómo hacer aquí la experiencia de Dios?*

B) La misma reflexión de la fe nos ayuda a comprender la desproporción gigantesca entre los comienzos pequeños de la predicación de Jesús y la utopía del Reino que él anuncia. Un galileo pobre, socialmente ubicado como hijo de carpintero y sin prestigio, acompañado de amigos irrelevantes, enfrenta la sociedad judía fuertemente estructurada en torno a la teología elaborada a la sombra del templo, símbolo central de una nación dominada por el imperio más grande.

Jesús mismo en sus parábolas nos explica la propia experiencia que él vive con sus asombrados seguidores, y nos ilumina nuestra propia situación. El Reino de Dios es como la semilla más pequeña, como un granito de mostaza que llegará a ser la más grande de las plantas del huerto (Mc. 4, 30).

En la misma semilla hay una eficacia encerrada que desplegará progresivamente, indefectiblemente hasta el día de la cosecha toda su fuerza. El Reino es como esa semilla que crece por sí misma, sin que el hombre sepa cómo, de noche o de día, según un plan que la llevará a la plenitud (Mc. 4, 26).

Lo que el mismo Jesús vive y nos ofrece a nosotros, no es la seguridad de un proyecto estudiado en todos sus pasos y apoyado en mecanismos poderosos, sino la apuesta de la vida en una realidad misteriosa. Así vive Jesús su compromiso, como entrega confiada de la fe a un proyecto que se gesta en las entrañas de la historia, como la semilla pequeña madura la vida nueva en el secreto de la tierra.

Las pequeñas comunidades cristianas perdidas en el todopoderoso Imperio Romano reconocían su fe en estas parábolas de la fragilidad del inicio del Reino que confunde la sabiduría y fuerza de los imperios y sabios (I Cor. 1, 27).

C) *¿Qué experiencia de Dios hacemos nosotros en esta situación?*

Nosotros descubrimos en primer lugar que Dios ya está sepultado como la

semilla en el fondo de la sociedad oprimida. Cada acto de vida de un pobre en las situaciones más hostiles y desesperadas es una afirmación de que de alguna manera la vida tiene un sentido que ellos perciben. Nosotros experimentamos que la predicación del Reino toca dimensiones de vida que se han enquistado en los abismos de la opresión y que no han podido ser destruida por los siglos de explotación, ni por el refinamiento y la fuerza de los mecanismos de muerte. Esas semillas enterradas brotan con fuerza nueva y sorprendente en hombres nuevos y caminos de libertad.

Experimentamos que dentro de nosotros cobra sentido entregarnos por el futuro de una libertad indestructible. Este sentido no es fabricado por nosotros. De alguna forma se nos impone, se nos ofrece, y no lo podemos manejar a nuestro antojo pues también aparece y desaparece como un don que se nos revela y se nos encubre.

Más allá de toda evidencia de éxito inmediato y fácil percibimos el sentido de buscar formas nuevas de vida justa y libre.

Para los que vamos en el seguimiento de Jesús al servicio del Reino percibimos un don en este sentido que descubrimos una oferta de vida para lo más esencial del hombre, para lo mejor de la historia.

Pero esta oferta no es del orden de la evidencia de la ingeniería y del poder, sino del orden de la confianza en Alguien a quien descubrimos comprometido con nosotros en la historia.

D) Esta entrega a esta oferta del Padre de la vida, no desintegra la propia persona. Aunque aparentemente uno se pierde, uno "se ha vuelto loco" porque se entierra como la semilla, uno siente que ha sintonizado con este Señor de la historia, y se despiertan dentro de nosotros mismos dinamismos de vida y de futuro que también nos transforman. Aunque a veces las tentaciones de ser seducidos por nuestras falsas utopías nos atemorizan sentimos con más fuerza el sentido que nos lleva a una entrega limpia y abierta para construir el futuro del Reino. Este sentido es más fuerte que toda la lógica de la desproporción de semilla pequeña que crece desde el fondo de una marginalidad tan "eficazmentè" machacada.

## 2. El Reino llega nuevo y hay que discernirlo

A) Este compromiso por el Reino nos abre a caminos sin hacer. Es necesario saber en cada momento cuál es el nuevo paso por donde se asoma la oferta de Dios, en fidelidad al pasado auténtico, pero también como algo inédito e impredecible desde nuestros cálculos. La libertad original de Dios tiene propuestas según su plan, y hay que estar vigilantes a su "hora".

Mirar la sociedad desde la solidaridad con los pobres, se manifiesta como un escenario privilegiado para descubrir los efectos de este sistema que trata de hacer de los oprimidos drogados clientes de sus productos, seguidores fanáticos de sus líderes "representativos", sumisos espectadores de los que suben para "resolverles" sus problemas.

Pero también aquí se manifiesta con más fuerza, la imposibilidad de reducir a costumbre de esclavo la llamada del hombre hacia la justicia y la vida. Dios ha sido llevado también hasta el margen en el corazón del oprimido.

Desde la contemplación solidaria de los que han sido llevados hasta el borde del camino, descubriremos la oferta de Dios.

Pero yo también tengo mi propia originalidad, y mi persona tiene que irse integrando en el compromiso. Dios es el único que puede respetarme absolutamente como soy. ¿Cuál es mi colaboración justa y precisa para crear la novedad del Reino, la que respeta toda mi originalidad?

B) En las parábolas del Reino, Jesús nos llama a la vigilancia. "Vigilen porque no saben el día ni la hora" (Mt. 25, 13). El Señor llega en medio de la noche cerrada como ladrón, de forma imprevisible (Lc. 12, 39).

El sueño aparece como lo contrario de la vigilancia. El ladrón acecha la hora del sueño para robar (Mt. 24, 43) y es cuando todos duermen cuando el enemigo siembra la cizaña (Mt. 13, 24).

El buen servidor espera despierto en la noche, "con la ropa puesta y las lámparas encendidas la llegada del Señor" (Lc. 13, 34).

No sólo hay que esperar la llegada definitiva del Señor al final de los tiempos. Ya ahora hay que discernir la buena hierba de la mala, y descubrir en medio de tanta manipulación y "sueño" los signos del Reino, como se interpretan las nubes cargadas de lluvia que se levantan al poniente (Lc. 12, 54) como una oferta de vida para los campos secos.

Jesús mismo va discerniendo el camino que su propio compromiso por el Reino va abriendo delante de sus pasos. Y tiene que seguirlo entre las presiones que llegan desde las falsas expectativas del pueblo, de sus discípulos, de la oposición de las autoridades, y dentro de la angustia personal (Jn. 12, 27) ante la oscuridad en que su vida se hunde en determinados momentos. Desde cada situación concreta abre su corazón a la oferta del Padre.

C) Nosotros hacemos una experiencia de Dios en este proceso de discernimiento cuando desafiando todos los cálculos de los técnicos en opresión, "sueño" y confusión, discernimos la indestructible exigencia de justicia y vida nueva naciendo como "signos" discretos y a veces tempestuosos desde el fondo de las personas clasificadas como domesticadas.

También hacemos la experiencia de este Espíritu de discernimiento cuando descubrimos la cizaña dentro de nuestra propia tierra, y la llamamos por su nombre, no dejando absolutizar nuestro propio corazón, nuestros proyectos e ideologías, que finalmente podrán pedirnos nuestra adoración y devorarnos.

La alegría de haber atravesado de forma creadora situaciones difíciles en las que hemos caminado por el filo de la navaja, discerniendo el camino angosto y peligroso es una experiencia de este Espíritu de discernimiento que nos acompaña.

Así experimentamos que Dios en la historia es sugerencia, inspiración y oferta de los nuevos pasos del Reino, pero no de forma impositiva sino con signos discretos que debemos discernir desde un corazón vigilante.

D) Al mismo tiempo que Dios encamina la historia, nos rehace como personas. La paz que sigue a los discernimientos difíciles es la experiencia de que las opciones por el Reino respetan plenamente nuestra realidad profunda, que son consistentes decisiones, y nos van conduciendo también a cada uno de nosotros a una integración más plena de todo lo que somos, de nuestras posibilidades, heridas y esperanzas.

### 3. El Reino pasa por nuestras manos creadoras

A) Dios nos ofrece el futuro del Reino como una novedad que libera. Pero no se hace automáticamente. Para poder entrar en nuestra historia tiene que entrar en nuestra persona, madurar hasta hacerse carne y sangre nuestra de tal manera que seamos nosotros los que marquemos el Reino con huella de nuestra propia originalidad creadora.

La inspiración hacia la justicia que nos llega del Espíritu tiene que pasar por nuestras manos. Para que el amor sea efectivo, y no sólo afectivo, tiene que encarnarse en proyectos concretos.

Dios nos ha hecho para ser creadores de la nueva justicia del Reino. Es necesario superar las síntesis fáciles ya hechas en las que tendemos a crear nuestro nido, el paternalismo que despoja a los débiles de su vocación de crear y los vacía de toda esperanza que pase por sus propias personas, y la huída hacia el futuro en activismos ingenuos que no soportan la realidad ni respetan el ritmo de los procesos.

B) Esta vocación Jesús nos la presenta en la Parábola de los Talentos (Mt. 25, 14). Cada uno recibe talentos distintos del dueño de la tierra que se va lejos y dos son alabados porque han sido creadores con lo recibido. El que recibió un talento es condenado no por haberlo perdido, sino por no haberlo arriesgado, por devolver viejo y devaluado lo que se le dio nuevo.

En la parábola del Sembrador (Mt. 13, 1), la semilla es la misma la que cae en todo tipo de tierra. Unos no producen nada, otros sólo buenos sentimientos ahogados por la dureza de las ocupaciones o el atractivo de la riqueza. El que la acoge y la cultiva dentro de sí produce frutos según la calidad de su propia tierra.

En la pregunta a la embajada del Bautista, Jesús les dice que cuenten lo que ven, los hechos, cómo en el encuentro con Jesús los enfermos y paralizados se transforman en sanos y libres.

En las Bienaventuranzas, lo viejo de la ley, se transforma en nuevo a través de su propia originalidad creadora, "se les ha dicho, pero yo les digo. . .". Todos los pobres, vistos como los receptores pasivos de la generosidad de los ricos y sabios, se convierten al encontrarse con Jesús en creadores del Reino, sal y luz, en medio de la persecución de los fuertes (Mt. 5, 11). Y son enviados a echar demonios que apresan la libertad y dividen la persona y curar enfermos en el anuncio del Reino.

En último término, frente a la incredulidad de los judíos en su persona dice que crean a sus obras de libertad y de vida para que sepan que el Padre está en él

y él en el Padre (Jn. 10, 37-38). Ya que sus obras son expresión total de sí y del Padre al mismo tiempo.

C) Nosotros hacemos la experiencia de Dios cuando creamos con él lo nuevo del Reino. Surgen obras de libertad, de justicia. Nacen comunidades y asociaciones allí donde los mecanismos de división de la sociedad pesan con más fuerza. Se ponen en pie hombres nuevos que ya habían sido descalificados. Realmente lo viejo se transforma en nuevo. En algunos momentos uno se siente sorprendido por todo lo que nace a través de su compromiso y se mira las manos porque se da cuenta qué dinamismos profundos han sido puestos en marcha en personas y comunidades que superan las propias posibilidades. Y ya no sabemos distinguir dónde empieza la acción de Dios y dónde se acaba la nuestra.

Este Dios encontrado en el compromiso concreto es tan real como en la oración contemplativa. Realmente creamos la historia con Dios. Así este Dios reconocido en los trabajos concretos de las comunidades, en obras que quedan cambiando la tierra, van haciendo de toda la realidad marcada por el trabajo creador, espacios transparentes para descubrir al Dios que actúa con nosotros, sacramentos del Dios vivo, del Señor de la historia. Y cuando nos encontramos con las obras concretas, escuelas, asociaciones, tierras rescatadas... , aún inconscientemente nos llega una evocación del encuentro con el Dios que actúa con nosotros.

D) En este trabajo creador de justicia y de vida, nuestra propia oscuridad personal se ilumina como la claridad del mediodía (Is. 58, 10), y si llamamos a Dios, responderá: "Aquí estoy" (Is. 58, 9). Es el mismo Dios que parecía esconderse a nuestros ayunos y prácticas rituales mientras le dábamos la espalda a la opresión del pueblo (Is. 58).

#### 4. La novedad del Reino crea contradicción

A) La novedad del Reino creada en la historia, choca inevitablemente contra todos los que quieren apresar el momento porque se sienten instalados, y tiene que abrirse paso contradiciendo las fuerzas que controlan el presente o las que pretenden el monopolio del futuro.

Este conflicto creado por la vida nueva se enfrenta a persecuciones abiertas, y a presiones de todo tipo, destinadas a amedrentar y a desgastar con el tiempo y con elegancia. Así lo que reprimido claramente provocaría por su injusticia, se diluye en mecanismos oscuros de poder con apariencia de servicio.

Pero el Reino crea conflicto también dentro de uno mismo. Lo nuevo nace como la planta que se asoma resquebrajando la tierra dura con sus hojas frágiles.

La novedad del Reino hiere la persona que tiene que denunciar. Pero además, uno mismo, en muchas ocasiones es llevado hasta el límite y vive con más claridad su propia contradicción, las ataduras a la costumbre, las parálisis que no nos dejan caminar con coherencia limpia al ritmo del futuro. Lo nuevo nace marcado por la propia ambigüedad y tiene que purificarse dolorosamente emergiendo de lo viejo.

B) Pero Jesús, siendo él mismo un signo de contradicción (Lc. 2, 35) vino a liberar "a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos" (Heb. 2, 15) sin atreverse a enfrentar el paso por la muerte para crear.

¿Cómo ser signos de contradicción de manera creadora como Jesús, tanto a nivel histórico como personal?

En el Evangelio de Marcos observamos después de la confesión de Cesarea (Mc. 8, 27) cómo estalla el conflicto que venía creciendo en la sombra de la vida liberadora de Jesús.

Esta dimensión de conflicto con las instituciones judías es expresado en la parábola de los viñadores homicidas (Mt. 21, 33). Jesús comprende su propia vida en la línea de los grandes profetas apedreados y asesinados antes que él, por los que quieren "quedarse con la herencia" (Mt. 21, 38), adueñarse de toda la viña.

La dimensión interna de esta confrontación social se refleja en Jesús como experiencia de "angustia" (Jn. 12, 27) al comprenderse a sí mismo en el grano de trigo que tiene que morir bajo la tierra para crear una nueva vida (Jn. 12, 24).

En el Evangelio de Marcos es impresionante cómo, en la subida a Jerusalén desde Cesarea, Jesús concentra toda su actividad en unos discípulos que siguen una lógica totalmente distinta de la suya. Pedro se opone (Mc. 8, 33), los discípulos discuten a espaldas de Jesús quién es el mayor (Mc. 9, 34) y finalmente los hijos del Zebedeo le piden los primeros puestos (Mc. 10, 32). Jesús va adentrándose en una soledad cada vez más honda al vivir toda la originalidad de su persona y de su misión en una distancia creciente de sus íntimos discípulos, y va delante tan serio el rostro que le tienen miedo (Mc. 10, 32).

En la misma pasión, el ser un signo de contradicción atraviesa todas las dimensiones de su persona. La represión se expresa en su cuerpo con burlas y tortura.

Tiene además una dimensión estructural al morir condenado por los tribunales legales como blasfemo y agitador político. Tiene una dimensión interior que se apodera de toda su persona en Getsemaní y culmina en la cruz en un grito desgarrador de soledad, abandono del Padre y sufrimiento que Marcos pone como su última palabra (Mc. 15, 37).

Jesús enfrenta la pasión como una decisión personal de servicio al Reino cuando cree llegada la "hora".

La pasión no logrará diluir su identidad ni camuflarla. Con sus silencios y sus preguntas lleva en los tribunales a sus jueces a ponerle la verdadera pregunta que le permite afirmar con toda claridad quién es y su servicio al Reino.

En la pasión Jesús no entra en la dinámica del opresor, respondiendo dentro del dinamismo de muerte que provoca la opresión. Ni mendiga, ni se vende, ni agrade, ni se baja de la cruz. Jesús responde a las situaciones cada vez más cerradas que lo van cercando, con gestos que abren el futuro para todos, amigos o enemigos. Ante la pasión inminente lava los pies como símbolo de que el servicio es el camino del Reino, y celebra la cena en medio de la fragilidad de la historia como anuncio para todos los siglos del Reino que llegará a su plenitud y debe ser festivamente anunciado hasta que vuelva. La misma cruz, última palabra

del opresor, última victoria de la agresión, se convierte en definitiva señal de perdón y de libertad resucitada.

Jesús acepta en su intimidad la ruptura de sus "representaciones del Reino" abierto a la voluntad del Padre, y concentra su esperanza en unos amigos a los que es fiel aunque se van distanciando cada vez más en su fracaso histórico. Pero la esperanza del Reino pasa por personas concretas, con nombre y apellido.

El silencio del Padre ante el abandono de Jesús culmina en el grito en que expira. El justo es asesinado y Dios se calla. Y sus discípulos, servidores limitados del Reino se hunden en el misterio más incomprensible..

C) ¿Cómo hacemos la experiencia de Dios en el conflicto del Reino que avanza en la historia?

En primer lugar en la contemplación de los mismos oprimidos, cuando los vemos comprometerse por la justicia y el amor del Reino allí donde el peso de los mecanismos opresores ha dejado la marca de siglos en la piel y la sangre.

Descubrimos que ponen gestos de vida en medio de la muerte, luchan por unirse donde las precarias condiciones de vida llevan a competir por lo poco que aparece, a trabajar por el futuro ante la ruptura de tantos proyectos viejos. Su bondad y su ternura en medios hostiles es un desafío a toda lógica y su alegría y su canto en "tierra esclava" nos hablan de dimensiones de vida y de sentido que nacen en ellos, desde un misterio que hunde sus raíces en la trascendencia de su persona, y nos asombra a nosotros.

Pero esta contemplación del oprimido, no puede ahorrarnos el paso por la muerte a nosotros mismos. Experimentamos a Dios en primer lugar como el que realmente nos libera de la parálisis que nos produce el miedo a la muerte por ser signos de contradicción por el Reino.

En medio del compromiso, la "muerte" puede acercarse con muchos rostros diferentes. Puede llegar desde fuera, como derrumbe de proyectos en los que se han invertido muchos esfuerzos, o como falta total de signos de cambio estructural, como presiones o persecución. Puede llegar la "muerte" en los procesos interiores que dejan en carne viva las heridas viejas.

En cualquier caso, nos sentimos sumergidos y la ola pasa abrumadora sobre nuestra cabeza. Pablo llama a esta "paciencia", "capacidad de estar sumergidos" (2 Cor. 6, 4), de dejar pasar la ola.

Dios aparece lejano. Llamamos a Dios, y sólo escuchamos el ruido del agua que nos sumerge y parece ir llenando nuestros silencios y rincones más íntimos.

Y en este proceso cuando llegamos al final de las razones seguras, de los caminos conocidos, de las fuerzas acumuladas y los signos familiares ya no nos hablan, entonces, ya no sólo sentimos los límites en medio de la lucha por el Reino, sino que hemos sido llevados al límite.

Pero éste es también el momento de experimentar que Dios está oprimido con nosotros, de descubrirlo en medio del derrumbe de nuestras pretensiones históricas o personales de totalidades imposibles. Es el Dios descubierto como compañero de camino en la historia en medio del límite, en cada uno de nuestros fragmentos que se sintetizan a niveles más hondos de los que habíamos soñado. La tierra no deja de estar resquebrajada. Pero hay una dimensión de vida más

honda que nos permite una relación nueva con nuestros límites y nuestros proyectos históricos limitados.

D) El paso por esta experiencia nos permite realmente recoger nuestras sospechas colocadas en nuestros callejones interiores y servir al Reino desde la libertad y la paz afectiva que surge dentro de nosotros cuando se adora al Señor de la historia. Pues a él sólo se puede "adorar" para "servir" al Reino en libertad creciente (Mt. 4, 10).

## 5. Celebrar la plenitud del Reino en medio de la fragilidad

A) La novedad del Reino ofrecido por Dios, discernido y hecho realidad a través del trabajo y de la pasión, aparece marcado por la originalidad de cada uno de nosotros. Dejamos nuestra huella definitiva en el Reino que camina hacia su plenitud escatológica. Esta experiencia dinamizadora nos lleva a celebrar. Pero nadie celebra solo, sino en comunidad.

En la celebración comunitaria, el espíritu festivo nos invade y se expresa con toda la persona, en los cantos, los gestos. . . . Se diluyen o se superan las barreras que la lucha de cada día levanta entre nosotros. Los alimentos se comparten en un espíritu de gratuidad, no de competencia.

Se celebra con símbolos viejos que recogen la herencia del pasado y con símbolos nuevos creados en el mismo compromiso. Los símbolos tienen el poder de hablar a dimensiones profundas de la persona y de unirnos así unos a los otros, tanto desde las raíces históricas comunes, como desde las nuevas realidades creadas en la lucha cercana.

Pero se trata de algo vivo lejos del rito cansado y fijo que se vacía con la repetición.

Las personas que celebran son las mismas que se comprometieron. Su esfuerzo aparece transfigurado en lo nuevo. Por eso, no es la celebración de la riqueza acumulada por un golpe repentino de la suerte, o por un regalo paternalista, que viene a confirmarle a cada uno en su propia incapacidad de mendigo. Se celebra con las manos libres pero con la marca hiriente todavía en las muñecas que estaban atadas.

Precisamente por esto no son fiestas para evadirse, para olvidar, sino para recordar, y están marcadas por el estremecimiento de lo recién nacido. Y cuando se acaban, no dejan presos de la añoranza del festejo, ni con el amargo de la resaca, sino que lanzan de nuevo a la vida y al trabajo donde uno se hace más libre construyendo libertad.

B) Este espíritu festivo arranca de la misma vida de Jesús. La plenitud definitiva del Reino es comparada a un gran banquete de fiesta (Lc. 14, 15). Algunos no quieren asistir porque ya tienen pequeños bienes personales. Pero todos los que andan al borde de los caminos, los pobres y marginados son invitados "con insistencia" hasta que toda la casa se llena.

En la vida de Jesús los "seguros" critican a Jesús su participación en los

banquetes populares con pecadores y publicanos, porque la comida no sólo representa para los judíos el hecho material de comer, sino que expresaba una comunión entre los comensales y con Dios. Jesús come con ellos a su mesa como invitación al banquete definitivo del Reino y como celebración de la conversión al Reino (Mc. 2, 15).

La Última Cena hay que verla en continuidad con estas comidas de Jesús. Jesús se reúne con los "doce", símbolo del pueblo nuevo, en una celebración que mira a la plenitud del Reino en que volverá a beber con ellos el vino nuevo (Lc. 22, 18).

Por eso, a pesar de la oscuridad de la hora, de la fragilidad de la situación, de la incompreensión de los discípulos, da gracias al Padre y celebra, abriendo así un gesto de futuro que nosotros todavía no hemos agotado en el que se van encaminando todos nuestros compromisos pascuales, y que se ha constituido en la eucaristía, en el centro de la celebración cristiana en la que anticipamos la plenitud del Reino dentro de la fragilidad de la hora presente.

En Jesús resucitado todo este lenguaje ha llegado a su pleno sentido. El Padre, al resucitarlo, confirma su pretensión. El Reino ya llegó en Jesús a su realización definitiva. Tiene sentido celebrarlo aún en medio de la oscuridad de la historia.

C) Nuestra experiencia de Dios que ha venido profundizándose a lo largo de todo este compromiso, llega a un momento de plenitud personal y comunitaria. Nosotros experimentamos que Dios crea el Reino desde dentro de nosotros, liberándonos, haciendo hombres nuevos de los viejos esclavos, porque no se puede echar vino nuevo en odres viejos. En las apariciones del resucitado el saludo es "Paz" y "alegría".

Pero esta experiencia no nos deja aislados sino que nos acerca unos a otros para compartir la alegría del Reino. Por un momento, aunque sea en la plenitud del instante nos sentimos reconciliados unos con otros y con la creación entera, y descubrimos que esta experiencia no es algo pasajero, sino que nos revela una aspiración profunda orientada a nuestro destino escatológico.

Estamos "hechos para" la reconciliación plena, para la comunión. Esta comunión la vamos viviendo ya dentro de la fragilidad de nuestras rupturas y construyéndola en nuestro compromiso.

Celebrar es hacer la experiencia gozosa de un Dios que nos congrega y nos hace experimentar dentro de la historia el sentido que tiene caminar hacia la reconciliación última de toda la creación.

D) Celebrar no es opcional. No podemos esperar agazapados en nuestro rincón, atrincherados en nuestros miedos o presiones el día definitivo. Tenemos que esperararlo en la audacia de una comunidad que afirma ya ahora el triunfo definitivo de la comunión y la libertad. Por esto mismo la eucaristía debe celebrar esta afirmación final de nuestra fe, en el centro mismo de la Iglesia que se congrega.

## VII. UNA NUEVA LUZ SOBRE LUGARES PERMANENTES DEL ENCUENTRO CON DIOS

Desde este compromiso por el Reino, nosotros nos acercamos de manera nueva a los lugares permanentes del encuentro con Dios: la contemplación de la creación, el encuentro con el otro, y la propia intimidad personal.

### 1) Mirada contemplativa sobre la creación

La naturaleza, la belleza, la sobrecogedora grandeza de la creación, ha sido siempre un lugar del encuentro con Dios. Pero al mirarla desde la experiencia de la solidaridad con los pobres, algo ha cambiado radicalmente, y los rincones de belleza se han visto enturbiados por la sospecha. La naturaleza hay que verla en la historia.

"La creación ha sido sometida a la vanidad" (Rom. 8, 20). Hoy aparece la creación desacralizada, pues ha perdido en gran parte su capacidad de misterio, de llamada a la contemplación, de puerta de acceso a dimensiones de la vida profunda, a la fraternidad universal de la madre tierra, para ser vista exclusivamente como objeto de investigación, de ciencia, de técnica, de mercadeo.

La creación aparece marcada por la injusticia. Las alambradas atraviesan la tierra como heridas del despojo y del saqueo. . . y ya no miramos los paisajes con mirada ingenua. . . ¿Cuánta gente expoliada para acumular tanto jardín? ¿Qué historias de desalojo se esconden detrás de tantos letreros de propiedad privada? ¿Qué dicen estos ranchitos apiñados en las esquinas de los inmenos espacios dedicados a paseos elegantes? Inevitablemente una sospecha de injusticia ensombrece tanta belleza. . . .

La creación aparece marcada por la competencia. En cualquier rincón bello se levanta el anuncio de una futura urbanización, en la mejor esquina de la carretera se abre como una herida un anuncio de ron que sorprende y caza la psicología confiada del viajero.

La naturaleza aparece hostil contra el hombre pobre e indefenso. Los ciclones arrasan las viviendas frágiles de los indefensos arrinconados en los sitios peligrosos y permanentemente amenazados.

Pero desde el compromiso por el Reino, desde la lucha por el Reino, se hace una nueva experiencia de Dios, en la contemplación de la creación.

Admiramos el prodigioso don de Dios que es la creación entera, inagotable regalo de posibilidades que desbordan todas nuestras previsiones y que vamos descubriendo fascinados en nuestros laboratorios y nuestros firmamentos, en lo grande y en lo pequeño.

Pero es un don que se hace al ser acogido como tarea. La creación sometida a la vanidad, paralizada por el miedo, disminuída por las enfermedades, desagrada por la explotación y por la guerra, tiene que ser liberada.

Acoger el don de la creación es comprometerse en una tarea de crear con Dios. Y en una tierra esclavizada, crear es liberar.

A veces la contemplación de una tierra esclavizada provoca en nosotros el

gemido del oprimido, pero Dios hace suyo nuestro gemido, y no desde lejos como un Dios benévolo que inclina su oído a la súplica lejana, sino desde dentro de nosotros. Cuando el dolor provocado por la contemplación de una creación saqueada nos hace gritar y "no sabemos lo que pedimos", el Espíritu hace suyo nuestro gemido y gime desde dentro de nosotros. . . (Rom. 9, 26).

Dios es experimentado como el que gime con nosotros con el inarticulado grito que el sufrimiento provocado por el despojo de la tierra arranca en nosotros.

No decimos como Job ante los pobres saqueados: "Y Dios no atiende a sus súplicas. . ." (Job 24, 12). Sino Dios hace suyos nuestros propios gemidos.

Y desde dentro de esa experiencia que es justicia, consciencia y convicción de dignidad, se despierta en el hombre hecho puro lamento ante Dios una energía que lleva a comprometerse por el Reino, a crear con Dios la justicia del Reino como a Jesús, que después de afirmar que no se puede servir a dos señores, a Dios y a la riqueza (Mt. 6, 24) y de invitar a la contemplación de los bellos colores de las flores y pájaros, exhorta a la búsqueda del Reino y su justicia (Mt. 6, 33).

En esta perspectiva, la creación no se convierte en lugar de evasión ingenua, sino de gozosa experiencia de un Dios Padre de bondad que hace salir el sol y caer la lluvia para justos y pecadores, que ama todo lo que ha creado, que se preocupa del color de la flor más pequeña y desapercibida.

Pero todo este despliegue no es la invitación a la rapiña y al saqueo ni a la pasividad contemplativa satisfecha, sino al encuentro con el que da el don, al encuentro de una comunión sin barreras con el Padre de bondad.

Jesús encuentra en la naturaleza uno de los lugares preferentes del encuentro con el Padre de todos los hermanos, pero nunca de forma posesiva, sino como encuentro con la bondad sin límites que lleva al compromiso para liberar para el Reino una creación apresada.

La creación va siendo marcada poco a poco por los nuevos sacramentos de la lucha por el Reino, una escuela, un acueducto, una tierra liberada. . . son sacramentos de la libertad que recuerdan aún a niveles inconscientes el paso de Dios que despertó, unió y dio fuerzas a un pueblo y se convierten en signos pequeños que apuntan en la dirección de la libertad. Son sacramentos del paso de Dios que crea con el pueblo el Reino en medio de la historia.

La creación es una fuente inagotable de símbolos pascales que permiten recoger nuestra experiencia de compromiso en la creación. Como Jesús, que se ve como el grano de trigo sumergido en la tierra, y que tiene que morir (Jn. 12, 24). O también fuente inagotable de inspiración contemplativa para expresar su compromiso activo para crear el Reino expresada en las parábolas.

La creación es finalmente un lugar de contemplación, de descanso, de juego, de gozo, de regalo acogido que nos pone en comunicación con el Dios de tanta belleza y cercanía que nos recrea para la lucha y el trabajo.

No podemos separar contemplación de la creación y compromiso por el Reino desde la solidaridad con los pobres. Esta nueva manera de acercarnos a la naturaleza añade a la siempre fascinante obra de la creación de Dios, la experiencia de su cercanía creadora, con nosotros, con todos los pobres. Dios no

nos fascina sólo con un regalo lejano. Dios tiene las manos manchadas y sangrantes hoy con nosotros al arrancar tantas alambradas que hieren como cicatrices su creación y nuestra creación.

Esta es una experiencia de Dios que despierta dinamismos formidables. Al comprender a Dios "por la locura" que predicamos, comprendemos también "la sabiduría" de sus obras que primero no reconocimos (I Cor. 1, 21).

En resumen, en el compromiso por el Reino, no sólo descubrimos a Dios en la belleza de la creación, sino también en la tarea de liberarla con Dios, en el sacramento de su bondad universal violentado por las alambradas, en los nuevos sacramentos creados por el trabajo liberador y en la función recreadora del descanso y la belleza inagotable.

## 2. El encuentro con el otro

En el encuentro con el otro, hacemos también la experiencia de Dios, hasta tal punto que es la única imagen realmente válida, pues ha sido creado a su imagen y semejanza.

Es fácil cuando el otro aparece para mí realmente como hermano, como comunión que me saca de mi soledad original, que me acompaña creadoramente hacia mi plenitud. Aunque estamos hechos para el encuentro con un Tú inagotable, todo encuentro humano verdadero parece dejarnos un sabor de definitivo, y es un signo sacramental de la inclinación más honda de nuestra persona radicalmente orientada hacia el encuentro con Dios en plenitud.

Pero desde la opción por el oprimido, el otro no aparece tan fácilmente como sacramento del encuentro con Dios. No basta con el barniz pasajero de un sentimiento religioso de fraternidad que dura el tiempo de una liturgia. El otro puede presentarse como opresor, amenaza, seductor, "extraño", indiferente, enemigo.

Aparece también como pobre, saqueado, destruido que "llama" y "juzga" como en la parábola del samaritano y se convierte en una amenaza para mis planes, mis esquemas o mi presupuesto.

¿Cómo hacer aquí la experiencia de Dios?

En el A.T. prohíbe hacer imágenes de Yahvé. La única imagen es el hombre. A las imágenes se las puede enmudecer con oro y flores, haciéndolas a nuestra semejanza. Pero el hombre tiene palabra imprevisible, trascendencia, y para encontrar a Dios es necesario inevitablemente vivir una relación de justicia con el hermano. "Hacia justicia y derecho. ¿No consiste en eso conocerme?" (Is. 22, 13-16). Hasta el mismo asesino lleva la señal de Yahvé sobre la frente (Gn. 4, 15) que impide hacer con él lo que se quiera.

En Jesús, ni el culto, ni el templo, ni la oración son el último criterio del encuentro con Dios. Pueden ser camino del encuentro, pero pueden ser también el "rodeo" que dieron el sacerdote y el levita para evitar el encuentro (Lc. 10, 31). "A Dios nadie le ha visto. Cuando amamos a los hermanos permanecemos en él" (Jn. 4, 12-16).

En Jesús, un hombre en plenitud, encontramos a Dios en plenitud. Y aquí está la clave definitiva para el encuentro con Dios en el hermano. Todo hombre

tiene una apertura absoluta desde la que Dios llega.

En el oprimido, Dios es llamada trascendente desde su dimensión de absoluto y por eso la vida religiosa percibe carismáticamente esa llamada con una fuerza capaz de un compromiso permanente en medio de los despojados más absolutos, hospitales públicos, barrios marginados. . . . Hay un encuentro con el Absoluto que desborda toda capacidad de comprensión. No se trata solamente de una "fuerza de voluntad" que yo encuentro en mí, que sale de mí para comprometerme. En la constatación de la dignidad, fortaleza, ternura en las situaciones más destructoras, en la aparente negación de todo lo humano, yo constato que desde esos hombres casi reducidos a ser cenizas sale un fuego que llega hasta nosotros y rompe nuestros cálculos, atraviesa nuestras defensas y nos pone en camino.

Esta experiencia de Dios llega desde ellos a nosotros, y no simplemente desde un imperativo de ayuda que sale de mi posición de suficiencia o generosidad.

Pero, ¿cómo hacer la experiencia de Dios en el opresor, en el enemigo personal o estructural? "Acaso quiero yo la muerte del malvado y no que se convierta y que viva?" (Ez. 18, 23). "Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho; de lo contrario, ¿cómo lo habrías creado?" (Sab. 11, 24). Y, ¿cómo podría durar algo si Tú no lo quieres?" (Sab. 11, 25). Porque todas las cosas son tuyas, Señor que amas la vida (11, 26).

El religioso, desde la dimensión profética que tiene su vida, siente la llamada a vivir la dureza y riesgo de la profecía salvadora contra el opresor.

En el N.T., Jesús mismo enseña a amar al enemigo; pero con un amor que no pasa por el ablandamiento del mensaje, por el recorte de las exigencias, sino por la radicalidad del amor (Jn. 13, 1), por la profundidad del perdón y por la realidad de la conversión como Zaqueo.

Este modo de amar Dios al opresor exaspera y desconcierta nuestra limitada comprensión y paciencia histórica. Pero todo el Sermón de la Montaña nos invita a saber unir la dureza cortante como espada de la profecía con la misericordia sin límites, hacia un amor creador de nuevas realidades históricas, de nuevas comunidades cristianas que contradicen la estabilidad de los sistemas instalados sobre la injusticia.

También en la frente del opresor hay una señal de Dios que nos impide abatirlo como a un animal enloquecido.

Esta experiencia de Dios en el opresor y en el oprimido se realiza también en el compromiso activo por el Reino, no en la distancia farisaica. Si miramos a nuestra propia vida, nos damos cuenta que mucha gente casi anónima, de rostros y nombres ya difusos para nosotros, descubrió una señal del absoluto en nuestros rostros que les llevó a gastarse, al compromiso discreto que no contabiliza ni pasa la cuenta, y ya han desaparecido de nuestro caminos llevándose solamente el "sentido" que encontramos en este servicio.

### 3. A la escucha de la propia intimidad

Después de recorrer todo este camino, nos preguntamos: ¿No ha sido el

silencio y la propia intimidad donde hemos encontrado a Dios siempre: "Te buscaba fuera y estabas dentro de mí". (S. Agustín).

A lo largo de todo este proceso, se han abierto las puertas de la intimidad personal a situaciones duras de injusticia y han entrado dinamismos poderosos que se pueden mover en direcciones contradictorias dentro de nosotros. Sobre todo donde se experimenta con más fuerza la brutalidad de la injusticia y se presenta la urgencia extrema; de muerte, en rostros de personas concretas, vecinos, amigos.

La persona puede pertenecer en este momento a instituciones diferentes que se mueven en direcciones distintas, a diferentes ritmos. Puede suceder también que la razón vaya por delante en lo que se piensa conveniente hacer y que la afectividad camine a remolque, más lenta. O lo contrario, se tiene el corazón en la frontera, pero se vive todavía con una racionalidad vieja divorciada de la afectividad, o se puede buscar un modo concreto de actuar que concuerde con lo que piensa y siente, y no acabar de encontrarlo.

Todos estos dinamismos que se han desatado dentro, pueden transformarnos por dentro en una verdadera "multitud" desgarrada.

Hay un "yo" que no se puede ignorar a sí mismo. Es necesario "darse cuenta" de lo que viaja dentro de nosotros y en qué dirección nos lleva. Sino podemos vernos saqueados por las expectativas inagotables de la gente, por nuestras propias utopías personales, por "programas" llegados desde los técnicos. Existe una originalidad irrenunciable, no delegable, y la originalidad lleva consigo una dimensión de soledad radical que sólo puede ser enfrentada a plenitud en el encuentro personal con Dios.

Cada paso de compromiso por el Reino, lleva también la propia persona a una nueva plenitud. Apostamos la vida por el Reino desde la desproporción de nuestra pequeñez de levadura en medio de la masa, porque hacemos una experiencia de sentido más fuerte y dinamizadora que la injusticia. Lo nuevo del Reino es discernido y se hace realidad según mis posibilidades concretas, según la opción que me respeta, la que Dios me ofrece concretamente a mí. El trabajo creador no es algo mecánico, externo, de asalariado, sino que "me" hace creador, lo nuevo aparece marcado por mi propio genio.

La pasión de los conflictos me lleva a situaciones límites, y a descubrir mis límites, pero en el fondo de esa experiencia se descubre una consistencia más honda que me resucita a una relación nueva con los límites personales e institucionales. A través de todo este proceso surge la libertad y la vida, pasualmente, que me hace a mí también más libre e integrado.

La experiencia demuestra que la persona puede verse atropellada en esta opción. Pero también vemos muchos religiosos y cristianos que han encontrado esa "sabiduría" (Puebla 276) de vivir este compromiso en una relación con Dios que los ha llevado por un camino de integración progresiva en todas las dimensiones de la persona. Han desarrollado sus potencialidades despertadas por el sentido de entregar toda vida con sus mejores energías creadoras a un proyecto único y da la vida con sus mejores energías creadoras a un proyecto único y definitivo. Han adquirido la flexibilidad para vivir en el surgir mismo de las

situaciones, abiertos al futuro que se va haciendo, y a toda la comunidad eclesial con sus valores y limitaciones concretas.

El mismo proceso de compromiso por el Reino que hemos descrito va creando una nueva capacidad contemplativa para encontrar a Dios en las situaciones y personas. Si se acoge esta experiencia de Dios, y se la deja resonar y extenderse dentro hasta el último rincón, dándole tiempo, espacio y nombre, puede convertirse en el centro integrador de nuestra persona.

En definitiva, todo este proceso no se puede vivir sin una *dimensión muy profunda, estable, de encuentro con Dios que se recoge en la oración personal, "que sólo es oración en la medida que actualiza esta actitud fundamental de la existencia: abandonarse en Dios"* (K. Rahner), en el Dios de la historia donde se construye su Reino hasta que llegue la plenitud escatológica.

## VIII. CONCLUSION

Dios se va revelando en un proceso de compromiso activo y contemplativo por el Reino en medio de la historia.

Cada paso de compromiso hacia el pobre y hacia el futuro del Reino puede ser también un paso contemplativo hacia una experiencia de Dios más profunda.

En este compromiso todos los pasos son necesarios. La apuesta por el Reino desde lo pequeño; el discernimiento que busca el paso nuevo y mi colaboración justa; la creatividad concreta y eficaz; la pasión creadora, y la celebración sacramental, como anticipación de la plenitud en medio de la historia.

La experiencia de Dios se realiza en la transparencia progresiva que van adquiriendo para nosotros las personas, las situaciones y la creación. A Dios se le descubre en la bondad, sabiduría, comunión, inspiración y sentido. Pero también en la pequeñez, la ausencia de caminos, en el conflicto, en las rupturas, límites y en su silencio ante la destrucción del justo.

En este proceso no podemos separarnos del pueblo de Dios. Moisés guió al pueblo a través del desierto, pero fue el pueblo el que le llevó a él a través de un desierto que no se puede atravesar solo, hasta la plenitud de la revelación en el Sinaí.

Si a Dios no se le puede buscar fuera de su pueblo, tampoco puede diluirse la propia originalidad que es la expresión única de una manifestación original de Dios. Dios es el único que nos respeta absolutamente como somos porque nos acepta como somos.

La plenitud y coherencia plena se da sólo en el instante. Después queda de nuevo el camino resquebrajado hacia el futuro de nuevas síntesis personales y sociales.

Los ídolos que nos invitan a absolutizar las necesarias pero limitadas creaciones de nuestras manos, son siempre la tentación contra este Dios nuestro que "va delante" (Ex. 14, 19) que "nos precede" ... (Mc. 16, 7) que no se puede encerrar en una ideología, cultura o situación.

Para este camino no hay mapas. Pero sí hay una "sabiduría" que se va

acumulando entre nosotros, donde se sedimenta tanta vida entregada en este camino nuevo de vida religiosa.

Hace falta toda una pedagogía para crecer en esta experiencia que no nos lleva a poseer, a dominar, sino que encontrándose con Dios en el fondo de la realidad lleva inevitablemente a la receptividad de la vida y del sentido, de la inspiración y la fuerza, y a la adoración al único Señor de la historia como camino para un servicio cada día más libre y una persona más integrada.